



		N.ª S.ª de Guadalupe	Mínimas
<b>Domingo 14</b>	<b>IV DOMINGO DE CUARESMA</b> 1ª Clase	7:30, 9:00, 10:30: misa rezada; 12:00: Misa cantada. Consultar por misas en el Priorato	08:00 Misa cantada 09:30 Misa Rezada 11:00 Misa Instituto
Lunes 15	FERIA DE CUARESMA. 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Martes 16	FERIA DE CUARESMA. 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Miércoles 17	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase San Patricio, Ob. y Cf.	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Jueves 18	FERIA DE CUARESMA. 3ª Clase San Cirilo de Jerusalén, Ob. Y Dr.	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Viernes 19	<b>SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA SMA. VIRGEN MARÍA</b> 1ª Clase Feria de cuaresma	18:00 pm Misa Cantada	07:30 Misa Cantada
Sábado 20	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase	<b>Catecismo: 4 pm</b> 18:00 Misa Rezada	07:30 Misa Cantada
<b>Domingo 21</b>	<b>I DOMINGO DE PASIÓN</b> 1ª Clase	7:30, 9:00, 10:30: misa rezada; 12:00: Misa cantada Consultar por misas en el Priorato	08:00 Misa Rezada 09:30 Misa Rezada 11:00 Misa Instituto
Lunes 22	LUNES DE PASIÓN 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Martes 23	MARTES DE PASIÓN 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Miércoles 23	MIÉRCOLES DE PASIÓN 3ª Clase San Gabriel, Arcángel	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Jueves 24	<b>ANUNCIACIÓN DE LA SMA. VIRGEN MARÍA</b> 1ª Clase	18:00 pm Misa Cantada	07:30 Misa Rezada
Viernes 25	<b>LOS SIETE DOLORES DE LA SMA. VIRGEN MARÍA</b> 1ª Clase Viernes de pasión	18:00 pm Misa Cantada	07:30 Misa Rezada
Sábado 26	SÁBADO DE PASIÓN 3ª Clase San Juan Damasceno, Dr.	<b>Catecismo: 4 pm</b> 18:00 Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
<b>Domingo 27</b>	<b>II DOMINGO DE PASIÓN</b> 1ª Clase <i>Domingo de Ramos</i>	Ver en anuncio especial de Semana Santa	Ver en anuncio especial de Semana Santa



## Intensidad, serenidad y fecundidad de los Dolores de María

Diríase que a esta Semana Santa le faltaría algo si las almas redimidas no dedicaran un recuerdo, un consuelo, a la Virgen Dolorosa en el terrible desamparo que sintió su alma, hasta el punto de poder quejarse a Dios como lo hizo su Hijo desde la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».

Este desamparo es para el alma de la Virgen una de las consecuencias del plan divino, según el cual el género humano no debía ser redimido solo por un Hombre, sino por un Hombre y una Mujer. «No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una ayuda semejante a él» (Gen. 2 18). En su obra de la Redención, el Hombre Dios debía ser ayudado por alguien semejante a El; el nuevo Adán debía verse acompañado por una nueva Eva; Jesús debía verse acompañado por María en los dolores y soledad de la cruz.

**1º Intensidad angustiosa de los Dolores de María.** Puesto que Dios había decretado que Nuestro Señor debía redimirnos a través de los dolores y humillaciones supremas de su Pasión y muerte, Nuestra Señora debió amoldarse –y lo hizo admirablemente – a ese plan divino, y asumir los dolores increíbles que suponía estar asociada a su divino Hijo en la obra de la redención.

Dios había señalado a la Serpiente, como su castigo propio: «Pondré enemistades entre ti y la Mujer, y entre tu descendencia y la suya; Ella te aplastará la cabeza, y tú le morderás el talón» (Gen. 3 15). La imagen dada por Dios es clara: la Mujer, y su Descendencia –que es Cristo– aplastarán juntos la cabeza de la Serpiente, la cual, sin embargo, en el momento de recibir el pisotón, morderá el pie que la aplasta. Ese pie, esa parte más débil, era para Cristo su santa Humanidad; y para la Virgen, era su parte sensible y pasible, tanto en el cuerpo como en el alma.

Sí, el demonio, aunque derrotado en la cruz, logró morder dolorosamente el alma de la Virgen en la Pasión. Ya Santo Tomás señalaba que Dios permitió que el alma de la Virgen fuera tentada, no con la lucha que proviene de la carne –que nunca sintió, por no tener ninguna inclinación al pecado–, sino con la impugnación que viene del enemigo, esto es, del demonio, que ni a Cristo mismo perdonó. El demonio, pues, trató de impugnarla tanto en su cuerpo como en su alma. Puesto que la Virgen debía ser Corredentora juntamente con Jesús, debía compartir con El todos sus sufrimientos; y si por ellos Cristo se convertía en el «varón de dolores»,



por ellos también Ella debía convertirse en la Dolorosa: «¡Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, mirad y considerad si hay dolor semejante al mío!» (Lam. 1 12). 1º En el cuerpo, la Santísima Virgen padeció en sus sentidos: «Bienaventurados los sentidos de la Santísima Virgen, que junto a la cruz merecieron la palma del martirio», reza la comunión de la fiesta de Nuestra Señora de los Siete Dolores. Padeció en la vista, viendo a su Hijo apresado y los malos tratos que le infligían, contemplándolo desgarrado por los azotes, humillado con la coronación de espinas, cargado de la cruz y clavado luego en ella, y sobre todo presencié la espantosa agonía que sufrió su Hijo hasta que expiró. Padeció en el oído, al escuchar las burlas, insultos e injurias contra su Hijo, y los gritos de la plebe que pedía su muerte sin compasión alguna. 2º Pero la que más tuvo que sufrir fue el alma de María, ya que en el cuerpo su Hijo la resguardó por el decoro y decencia que le debía. «Una espada de dolor atravesará tu alma» (Lc. 2 35), le había dicho el anciano Simeón, Ella compartió interiormente, toda la pasión de Jesús, y sintió en su alma cada una de las etapas de la pasión. Así, sufrió juntamente con Él: la agonía, cargando con Él la pena debida por nuestros pecados; la flagelación, sintiendo su alma desgarrada por los azotes que caían sobre el cuerpo de Jesús; la coronación de espinas, la crucifixión, el abandono de Jesús en la cruz... Además: Ella entendió como nadie la ofensa que en la pasión de su Hijo se hacía a la Majestad de Dios; Ella acompañó a Jesús en la consideración de la malicia infinita de los pecados, y en el peso que significaba cargar con ellos para expiarlos; Ella sintió profundamente la ingratitud de Israel,

que de modo tan denigrante rechazaba a su propio Mesías, tanto tiempo esperado; Ella intuyó el poco o ningún fruto que para tantas almas tendría la pasión ignominiosa de su Hijo...

Considerémos, pues, estos amargos Dolores de la Virgen, y tratemos de acompañarla por la compasión y el arrepentimiento de nuestros pecados.

**2º Serenidad admirable de los Dolores de María.** Con todo, los Dolores de María Santísima fueron serenísimos, llenos de calma imperturbable, lo mismo que en Nuestro Señor. Podríamos compararla a un mar majestuoso en el que las aguas exteriores y superficiales se ven profundamente agitadas, mientras que las aguas profundas permanecen quietas y mansas.

La razón de esta serenidad es la misma que para Nuestro Señor; y es que la Santísima Virgen tenía bien claras tres cosas:

La primera, que tal era la voluntad de Dios, que impuso a su propio Hijo la orden de morir en la cruz por nosotros; y si Jesús debía morir por nuestros pecados, Ella debía conmorir con Él, acompañándolo en sus dolores.

La segunda, que, con todos estos sufrimientos, según el mismo plan divino, quedaba cabalmente glorificado Dios y expiados los pecados.

Y la tercera, que este inmenso dolor no era para Ella más que el dolor de su maternidad espiritual, como fue para Cristo el de su paternidad sobrenatural sobre la humanidad redimida; y la alegría de estar procurándonos la vida divina a nosotros, la vida eterna recuperada, hacía inmensamente aceptables todos estos sufrimientos.

Es en parte por eso que el Sábado Santo, especialmente dedicado a acompañar a la Virgen en su Soledad,

está cargado de serenidad, esa serenidad que es la misma que la del alma de Cristo. Ha sido cumplida la voluntad de Dios, y está próxima la recompensa prometida a los que han realizado la obra de la Redención: su exaltación sobre toda criatura, y una grandísima descendencia.

**3º Fecundidad admirable de los Dolores de María.** Por sus Dolores la Virgen colaboraba con Nuestro Señor a abrir para todos las fuentes de la gracia, y revistieron una fecundidad admirable, al igual que los de Cristo. Así también la Soledad de María fue fecunda en grado sumo, como lo fue la de Cristo. Cristo y María, por así decir, debían estar solos en la cruz, solos en la obra redentora.

• Cristo debía sufrir la soledad del Redentor, esto es, de ser el único Pontífice capaz de reconciliarnos con Dios, y la única Víctima capaz de expiar nuestros pecados. Por eso estuvo absolutamente solo, y quiso verse separado y distanciado de todos, dejando que todos, incluso sus apóstoles, lo abandonaran. Era el Sol de justicia que, para iluminar a toda la tierra, debía verse absolutamente solo en los cielos, absolutamente separado de todos nosotros.

• Y María debía sufrir la soledad de la Corredentora, esto es, de ser la única Madre capaz de engendrarnos a la vida de la gracia. Ella no era el Sol de justicia, pero sí la Luna santa e inmaculada que refleja sobre toda la tierra la luz del Sol, y que por eso mismo, también para ser universal, ha de estar separada de la tierra.

Nuestro Señor, al encarnarse, quedó constituido Cabeza de la Iglesia, esto es, del Cuerpo místico formado por las almas redimidas de hecho. Pero, así como Adán, constituido cabeza de la humanidad, necesitó, para poder comunicar su vida a los demás, de una ayuda semejante a sí, del mismo

modo Cristo no quiso engendrar solo a las almas para la vida de la gracia, sino con la colaboración real de su Santísima Madre. Jesús y María, en el Calvario, son el nuevo Adán y la nueva Eva, los nuevos Padres de la humanidad, que por sus dolores y sufrimientos restauran a las almas en la vida divina perdida por el pecado. Las almas fieles, la Iglesia, nacen del Corazón traspasado de Jesús, como enseñan los Padres de la Iglesia; pero también nacen del Corazón Inmaculado de María, que con el Corazón de Jesús formaba un solo Corazón.

Por eso podemos aplicar a María las palabras de Isaías sobre el Mesías sufriente: «Quiso Dios quebrantarla con sufrimientos; mas luego de ofrecer su vida en sacrificio por el pecado, verá una larga descendencia y vivirá largos días... Verá el fruto de los sufrimientos de su alma... Por haber cargado con las iniquidades de ellos, le daré en herencia una gran muchedumbre, y recibirá innumerables gentes por botín» (Is. 53 10-12).

**Conclusión.** Agradezcamos, pues, a la Virgen Santísima, la Soledad y los Dolores que quiso asumir para procurarnos a todos nosotros la eterna salvación de nuestras almas. Pero no nos limitemos solamente a eso, sino prometámosle también aprovecharnos lo más que podamos de los frutos de la Pasión, obra conjunta de Jesús y de María, viviendo santamente, alejándonos del pecado y de sus ocasiones, y pregonándola a Ella, por sus Dolores, como la causa de nuestra alegría y de nuestra salvación.

R.P. José María Mestre, Fsspx  
Hojitas de Fe Nº 348